



Carta pastoral

# Nuestro proceso sinodal

Mons. Charles MOREROD OP

*Marzo 2022*

El papa invita a toda la Iglesia a un camino sinodal. Este término se explica por sí mismo: « La palabra 'sínodo' contiene todo lo que necesitamos entender: '*caminar juntos*' »<sup>1</sup>. Como los discípulos de Emaús después de la resurrección, caminamos juntos con Cristo resucitado. Y juntos, pedimos el Espíritu Santo para que nos ayude a percibir nuestro camino en este momento. La historia nos muestra que el Espíritu Santo actúa a menudo a través de santos que habían pasado desapercibidos durante mucho tiempo.

Este proceso sinodal está destinado a ser permanente, ya que « la sinodalidad expresa la naturaleza de la Iglesia, su forma, su estilo, su misión »<sup>2</sup>. Comienza con una fase diocesana. Luego, habrá fases nacionales, continentales y, finalmente, mundial. Esta última no supondrá una interrupción. El proceso iniciado por nuestro Papa está llamado a ser duradero y no pretende más que la salud de nuestra Iglesia.

En nuestra diócesis, la consulta sinodal tuvo lugar a nivel local: unidades pastorales, comunidades religiosas, movimientos, pero también cualquier grupo o persona que quisiera expresarse. Esto puede dar la impresión de un amplio sondeo de opinión, pero se trata principalmente de escuchar lo que el Espíritu dice a las Iglesias (cf. *Apocalipsis* 2,7). Doy gracias a las personas que han participado en este proceso, del que he recibido ecos orales y escritos. Gracias también a las personas que han leído con atención las respuestas y que han hecho unas síntesis que me han sido transmitidas.

La consulta diocesana recoge las contribuciones maduras en la serenidad, así como la expresión de inquietudes, de malestares ante una Iglesia mal posicionada en el seno de la sociedad, desacreditada por los escándalos de todo tipo, en un mundo de por sí inestable y preocupante. La consulta se hace eco de estos malestares. Estigmatiza el desfase que se insinúa entre la sociedad y la Iglesia, una Iglesia cuya palabra no se capta ni se entiende. En este contexto se sitúa también una cierta confrontación entre sacerdotes y laicos. Numerosos laicos denuncian la situación del sacerdote que, de lo alto de un pedestal, toma, solo, las decisiones que conciernen a una comunidad, mientras mantiene un

---

<sup>1</sup> Discurso del Papa Francisco a los fieles de la diócesis de Roma, 18 de septiembre de 2021, <https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2021/september/documents/20210918-fedeli-diocesiroma.html>.

<sup>2</sup> Discurso del Papa Francisco a los fieles de la diócesis de Roma, 18 de septiembre de 2021.

discurso que no llega a los miembros de la misma (no es superficial: nuestras categorías y nuestro lenguaje son ahora ajenos a nuestra cultura). Pero, incluso los reproches, muestran que todavía queda algo de esperanza. Hay expectativas, signos del deseo de Dios puesto en nuestros corazones.

Más allá de ciertas oposiciones, la Iglesia no es un asunto delegado a profesionales. La sinodalidad muestra que en la Iglesia estamos todos juntos, lo que también es bueno para los sacerdotes y todos los agentes pastorales (que realmente necesitan apoyo). Somos un pueblo de bautizados. Por nuestro bautismo, participamos en la vida de Dios: Dios quiere que estemos con él, y por este motivo, estamos juntos. Es porque tenemos en nosotros la vida de Dios que Jesús puede decirnos, sencillamente: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (*Mateo 5,48*). ¡Que la participación a este proceso nos ayude a tomar conciencia del don de nuestro bautismo y de nuestra vocación común a la llamada de vivir con Dios! ¡Es un gran don, no lo infravaloremos! Es en este marco general que se sitúa el sacramento del orden: un servicio para que Jesús, el Verbo hecho carne, pueda conmovernos en su Palabra y en los sacramentos.

La autoridad en la Iglesia es objeto de preguntas. Sé bien la dificultad que implica ejercerla, y que esta dificultad está vinculada a la concentración en una persona. Como dominico, e inspirándome en respuestas recibidas de comunidades religiosas, veo la antigua y respetada tradición que superiores religiosos no pueden tomar ciertas decisiones sin su comunidad (en forma de capítulos y consejos). Las comunidades religiosas cuentan con un sistema de «verificación» periódico bienvenido: en las comunidades cistercienses un Padre Abad y una Madre Abadesa visitan las comunidades y tienen así una mirada común sobre la vida de las mismas y sobre la autoridad que se ejerce en ellas. Esta experiencia de las comunidades religiosas podría ser también un modelo para los obispos, y las parroquias.

Me sigue impresionando lo que me habían dicho unos pasajeros de un tren, que iban al entierro de un sacerdote: «Cuando lo veíamos, veíamos a Jesús» ... Esta es la vocación del sacerdote, pero fundamentalmente la de los bautizados: no nos anunciamos a nosotros mismos. ¡Leamos juntos

el Evangelio, pero también a solas en nuestra habitación (cf. *Mateo* 6,6), para ser familiares de Jesús!

Es necesario escuchar las preguntas, pero también ver los signos de esperanza que se manifiestan en este proceso. Escuché una observación muy importante: las personas que vinieron a los encuentros sinodales decían que venían por Cristo, y que además se sentían felices de tener la oportunidad de conocerse mejor, ya que a menudo se ven en la iglesia sin conocerse. El motivo por el cual acuden muestra una dirección fundamental, que voy a expresar con una frase que habéis podido ya escuchar en varias de mis cartas pastorales: «La Iglesia, es el Evangelio que continúa»<sup>3</sup>. Este es realmente nuestro programa, que recibimos de Dios. El Espíritu Santo que inspiró el Evangelio puede hacernos vivirlo, y es así que podemos ser dignos de interés.

Entre los signos de esperanza mencionados en el proceso, hay esta observación: vamos hacia una Iglesia más pobre y más modesta, con la esperanza que los pobres puedan sentirse como en su casa. Poder ser esta Iglesia implica para nosotros conocer la Palabra de Dios y el inmenso bagaje cultural y espiritual de la Iglesia, así como sus relaciones con el pensamiento y la situación de nuestro tiempo, para poder dar razón de la esperanza que hay en nosotros (cf. *1 Pedro* 3,15). Mientras nuestra fe y nuestra Iglesia son cada vez menos conocidas, incluso cuando creemos conocerlas, tenemos una gran necesidad de formación, pero sobre todo de vida cristiana. Es viviéndola, como comprendemos la vida cristiana<sup>4</sup>.

El estudio de la participación en el proceso hace resaltar claramente que la vida comunitaria no es sólo parroquial: otras formas de comunidad han respondido. De todos modos, es indispensable que las comunidades puedan reunirse en lugares accesibles (con cierta proximidad) en torno a ese centro viviente que es Cristo en la Eucaristía. Esto no significa que todas nuestras parroquias actuales podrán sobrevivir, a riesgo de verse fragmentadas en pequeñas comunidades y hacerlas menos vivas. Hemos de discernir localmente cómo reunir las parroquias.

---

<sup>3</sup> Charles Journet, *L'Eglise et la Bible*, Editions Saint-Augustin, Saint-Maurice, 1960, p.45.

<sup>4</sup> Cf. San Pablo VI, Encíclica *Ecclesiam Suam* (6 de agosto de 1964), 39 : «El misterio de la Iglesia no es mero objeto de conocimiento teológico, sino que debe ser un hecho vivido, del cual el alma fiel, aun antes que un claro concepto, puede tener como una connatural experiencia» ([https://www.vatican.va/content/paul-vi/es/encyclicals/documents/hf\\_p-vi\\_enc\\_06081964\\_ecclesiam.html](https://www.vatican.va/content/paul-vi/es/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_06081964_ecclesiam.html)).

Debemos evitar dos extremos. Uno sería el encerrarnos en nosotros mismos, en un pequeño grupo que mira «el mundo» con la satisfacción del fariseo que se cree mejor (cf. *Lucas 18,11*) y que, por lo tanto, no tiene necesidad de buscar lo positivo en posiciones diferentes, incluso hostiles. El otro extremo consistiría en fundirnos tanto en nuestra sociedad que nada nos distinguiera de ella, y que por esto ya no transparentemos la luz del Resucitado, como la sal sin sabor (cf. *Mateo 5,13*).

La Iglesia ha pasado por momentos convulsos a lo largo de la historia, desde el principio. No podemos ignorar que es el caso ahora mismo. Apoyémonos mutuamente en la oración, recordando la pregunta de Jesús: «Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?» (*Lucas 18,8*). Nuestra gran esperanza es la promesa de Jesús: «Yo estoy con vosotros siempre, hasta el fin del mundo» (*Mateo 28,20*). Esta promesa se cumple con el envío permanente del Espíritu Santo. Recordemos que, en el Evangelio, todo comienza exactamente en el momento en que la historia parece terminarse. Quisiera concluir saludándoos como en la liturgia, cuyas palabras tienen un sentido que hay que meditar: «¡La paz esté con vosotros!».

Vuestro Obispo  
✠ Charles MOREROD